



MEMORIA, EDUCACIÓN Y HUMANISMO EN TIEMPOS DE STALIN: LA CLASE DE ESGRIMA (2015), DE KLAUS HÄRÖ

Igor Barrenetxea Marañón

Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

ibm@euskalnet.net

<https://orcid.org/0000-0003-1044-5276>

Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial en Europa ofrecían una perspectiva de total miseria y desolación.¹ Entre agosto y septiembre de 1991, pocos meses antes de que la Unión Soviética se desintegrara totalmente, los Países Bálticos forzaron su ruptura con ella. A partir de ese momento la recuperación de su independencia y de su soberanía nacional –fraguada por primera vez en la época de entreguerras y frustrada por el pacto germanosoviético Ribbentrop-Molotov de 1939– fue de la mano de la consolidación de la democracia, del Estado de Derecho y de la economía social de mercado.²

Introducción

La apertura que se iba a producir, a partir de 1991, de los países del Este de Europa, con el fin del Bloque soviético, así como su independencia política, nos permite acercarnos a unas temáticas muy interesantes que tienen que ver con la visión que ellos ofrecen de su situación durante la época soviética. En este sentido, la producción fina *La clase de esgrima* es una realización que nos permite asomarnos a este universo de la posguerra mundial en aquellos países que fueron incorporados por la URSS, en concreto, Estonia.³ El cine, después de todo, se convierte en una mirada al pasado, no solo eso, es un *agente de la historia*, en un nuevo diálogo con los hechos pretéritos que nos muestra una perspectiva muy distinta a la que se ofrece desde la historia académica.⁴

Este estudio desvela las claves de un largometraje inspirado en hechos reales que, así mismo, nos muestra los sentimientos y realidades re-

creadas de una época, sus imágenes exponen la manera que tienen los estonios de interiorizar su pasado.

Su director, Klaus Härö (1971, Poorvo, Finlandia) poco conocido en Europa Occidental, cuenta en su haber con otras cuatro películas más como son *Elina* (2002), *Mother of Mine* (2005), *The New Man* (2007) y *Cartas al Padre Jacob* (2009). Así como más de 60 cortos y documentales. Härö ganó el premio Ingmar Bergman, en los Guldbagge Awards, en 2004, por su película *Elina*. Como protagonista principal iba a contar con Mart Avandi que, además de actor, es cantante y presentador de la televisión estonia; Ursula Ratasepp, cuyo primer trabajo fue en el filme *Kertu* (2013); y Lembit Ullsakk, un veterano actor que, también dirige y escribe, y que protagonizó el soberbio filme antibelicista *Mandarinas* (2015). La película de Härö fue nominada tanto en los Globos de Oro como en los Oscar como mejor película extranjera. La recepción del filme, a pesar de todo, en





España fue discreta. Así, Alberto Luchini señala que «el filme de Klaus Härö toca todas las fibras sensibles (aunque para ello no rehúya alguna que otra trampa de guión, como el desarrollo del torneo final), emociona a ratos, entretiene y hasta invita a alguna que otra indignada reflexión histórica».⁵

En la misma línea, Otí Rodríguez Marchante escribe:

A pesar de contener un relato sucio, la película es *bonita* y tiene esa armonía propia de la esgrima, y aunque su *mensaje* de compromiso y responsabilidad del maestro ante sus alumnos esté ya un poco sobado, no deja de ser grato escucharlo, aunque no lo canten los niños del coro.⁶

La crítica internacional sería un poco más elogiosa. Stephen Dalton opina que es un filme atractivo, donde recrea muy bien la atmósfera de aquellos años 50, aunque es también una espada *sin filo*.⁷ En cambio, el crítico Justin Chang estima que entre sus virtudes se encontraría la fluidez narrativa en una buena historia intergeneracional reveladora de aquella opresión histórica.⁸ En todo caso, el filme redundante en una serie de virtudes que resultan muy importantes para el contexto actual: el impulso de un cine histórico que bucea en aquellos grises años 50, la perspectiva de no ser un mero alegato moral o nacionalista y, finalmente, la sutil conjunción de elementos que hace de la esgrima un símbolo de humanismo y de educación.

Sombras tras la batalla: el totalitarismo en los Países Bálticos

Tras la Gran Guerra (1914-1918) y la firma del tratado de Brest-Litovsk con Alemania, los cuatro territorios bálticos, Estonia, Lituania, Letonia y Finlandia se escindieron del antiguo imperio zarista, así como Polonia. Sin embargo, nunca dejaron de estar dentro de la órbita soviética.⁹ Así, en agosto de 1939, un acuerdo entre Stalin y Hitler, que contenía varias cláusulas secretas, dejaría las manos libres al dictador

georgiano para ocupar los tres países bálticos, Estonia, Lituania y Letonia, y además se repartirían Polonia.¹⁰ El 1 de septiembre de 1939, el Tercer Reich destrozaba a los incautos ejércitos polacos y avanzaba con sus divisiones panzer como una apisonadora hacia Varsovia. Por su parte, la URSS ocupaba la porción de Polonia que le correspondía, casi sin resistencia.¹¹ Stalin, seguro de su posición de fuerza, emprendería al poco una guerra con Finlandia, que ganó por su abrumadora fuerza militar, lo que le permitiría redefinir las fronteras, sobre todo, pensando en una mejor defensa de Leningrado.

Sin embargo, el alto costo humano de la contienda mostraba un Ejército rojo muy cuantioso, pero tácticamente poco capaz (tras las purgas de la oficialidad de los años 30), lo que daría confianza a Hitler para valorar que la URSS era un gigante con pies de barro, y que se adecuaba, precisamente, a los planes expansionistas que se había trazado.¹²

La ocupación de los países bálticos fue, de todos modos, gradual, siguiendo una estrategia bien planteada. Al principio, Stalin forzó la presencia de bases militares soviéticas, hasta junio de 1940, que, bajo una serie de pretextos inverosímiles, como era la desaparición de soldados soviéticos, fueron invadidas sin que pudiera ofrecerse una oposición armada. Para darle una *forma legal* a la anexión, se establecieron una serie de gobiernos títere en las respectivas repúblicas que impulsaron unas elecciones cuyos representantes se integraban exclusivamente en los Frentes Populares. Una vez constituido el Parlamento solicitaron su incorporación a la URSS. En el caso de Estonia, desde 1934 vivía bajo el régimen autoritario de Konstantin Päts. El 28 de septiembre de 1939 se firmaría el acuerdo de asistencia mutua, en el que se permitía la existencia de bases soviéticas. Moscú fue poco a poco incrementando el número de efectivos en el territorio, hasta que, en junio de 1940, obligaron al presidente a aceptar un gobierno prosoviético que acabaría por reestructurar el país siguiendo el sistema estalinista.¹³



Incorporados a la URSS, los tres países bálticos vieron como rápidamente sus clases dirigidas nacionalistas eran represaliadas y sometidas, instaurándose un modelo de dominación afín a los intereses de Moscú. Desde el punto de vista cultural, «sufrió un brusco colapso», desmontando todo el aparato asociativo y pasando a controlar todos los medios de comunicación. Se impuso el rublo como moneda y se persiguió toda manifestación religiosa.¹⁴ Junto a esto, «asesinatos políticos, deportaciones a Siberia y eliminación de clases sociales, fueron las bases del régimen».¹⁵

Sin embargo, unos meses más tarde, el 22 de junio de 1941, Alemania iniciaba la Operación Barbarroja, con el fin de conquistar la URSS.¹⁶

Su incontestable avance en las primeras semanas trajo consigo la ocupación de amplios territorios, incluidas las tres repúblicas, deteniéndose ese avance a las puertas de Leningrado.¹⁷ Pero las tornas de la guerra cambiaron. Y el Ejército rojo se recuperó de los fuertes golpes recibidos y volvió a ir reconquistando los territorios antes perdidos. Durante esos meses de ocupación, muchos jóvenes nacionalistas e independentistas bálticos se animarían a luchar con la Alemania nazi, integrándose en unidades de las SS que era como podían participar en la contienda.¹⁸

Su incorporación a los ejércitos del Reich no tenía más fin que luchar por sus países, sabiendo que la victoria soviética traería consigo su nueva ocupación. Pero la suerte, como es sabido, de las armas germanas fue desfavorable.

La URSS aplastaría a la Wehrmacht y liberaría todos los territorios controlados por esta. Y volvió a impulsar sus políticas en estos territorios, reprimiendo toda disidencia patriótica, siendo, además, reconocido su control por parte de los aliados occidentales (aunque no su posterior anexión).¹⁹ Así, miles de aquellos soldados que habían luchado en las SS, viendo la guerra perdida, optaron por ocultarse.²⁰ Pero el estalinismo implacable les veía como claros

enemigos del régimen impuesto. No porque hubiesen luchado a favor de la Alemania nazi sino porque su motivación había sido reivindicar la identidad independiente de su país. Se les consideraban como *colaboradores* del terrible régimen y esa etiqueta ya era un grave delito.²¹

Y, tal como resalta Faraldo, se procedió a «una amplia operación de ocultamiento, disolución y falseamiento de la historia del periodo 1939-1945»,²² y los nacionalistas se convirtieron en *cabezas de turco* de todos los males sufridos. Tanto es así que, tras la guerra, la represión continuó con igual fiereza, siendo «hoy en día difícil encontrar un estonio que no tuviera un familiar deportado a Siberia».²³

No todos los soldados movilizados por las SS lo hicieron de manera *voluntaria*. No les quedó otro remedio.²⁴ Solo con el fin de la URSS, estos países bálticos pudieron recuperar su historia y, de esta manera, justificar su colaboración con el nazismo.²⁵ De hecho, las historias sobre la resistencia contra el nazismo se difuminaron y «surgió un nuevo mito, el de los luchadores de la resistencia contra el comunismo».²⁶

Aunque no debemos olvidar que tampoco se podía idealizar a estas unidades militares rehabilitadas a partir de 1991.²⁷

La trama que nos ocupa es una de estas, aunque recogiendo un punto de vista de marcado interés humano. Finalmente, a partir de 1989, se iniciaría un proceso irreversible. Por ejemplo, en la Asamblea de Frentes Populares Bálticos, en Tallin, los días 13 y 14 de mayo de 1989, se aprobó un comunicado en el que se condenaba la política soviética seguida entre 1939 y 1940 en el Báltico y, a finales de ese mismo año, significativamente, otra declaración en la que se declaraba la ilegalidad de su ocupación.²⁸ La *perestroika* había entrado con fuerza en dichos países, aunque no con el efecto que Gorbachov había deseado, en vez de incentivar las reformas económicas, se iba a encontrar con toda una *explosión* nacionalista que iba a ayudar a descomponer el bloque soviético por



completo y, en consecuencia, con el final de la URSS.²⁹ A partir de ahí, estos países pudieron recuperar su memoria particular de aquellos años sombríos.³⁰

La clase de esgrima (2015)³¹

Inspirada en la historia verídica del esgrimista Endel Nelis, el filme nos sitúa a principios de 1950. Nelis, un joven esgrimista, luchó durante la Segunda Guerra Mundial del lado de los alemanes. Y tras la derrota de estos en la guerra, está obligado a ocultar su pasado. Para ello cuenta con la ayuda de un amigo en Leningrado, Alexey.

Con el fin de pasar desapercibido de la implacable KGB, logra un puesto como profesor en una pequeña localidad de Estonia, Haapsalu, en el instituto número 2.

Pero, aunque intenta dejar atrás su vida anterior no haciéndose notar, no puede permanecer insensible cuando se da cuenta de que los niños no tienen muchos alicientes y los pocos que tienen están al servicio del Partido, del Ejército rojo o de las actitudes retrógradas del director del centro. Es un mundo frío y poco humanizado, en el que, al final, Endel encontrará el cariño y el candor de Kadri, una maestra que trabaja en el mismo centro. Finalmente, se anima a impartir clases de esgrima con los escasos medios que posee. La esgrima se convierte, de forma inesperada, en la manera que tienen los niños, de todas las edades, de salir de sus grises vidas. Pero para el director del centro es un deporte impropio del ideal comunista. Aunque poco puede hacer ante el entusiasmo de los niños y el apoyo de varios padres. Claro que el director, receloso, decide indagar más en la historia de Endel y descubre que hay un secreto que le inculpa detrás de su elegante figura.

Este descubrimiento le pone en peligro justo cuando ha visto que la semilla de la esgrima ha calado profundamente en su comunidad.

La sociedad soviética: entre el miedo y la esperanza

Una de las virtudes del filme radica en mostrarnos el rostro de la sociedad civil tras la Segunda Guerra Mundial, en un pueblecito estonio. La posguerra soviética, en palabras de Meyer, estuvo caracterizada por años de «dureza material en la vida cotidiana y de dureza a secas»³² y por una dura represión que implicaría «oleadas de detenciones y deportaciones masivas de la población»,³³ al menos, en los primeros años.

El reflejo de esta atmósfera casa muy bien con la sencilla sociedad rural, donde se ambienta el filme, desvelándose unas condiciones humildes y precarias, aunque sean los años 50, no solo motivadas por la guerra sino también por las agresivas reformas económicas soviéticas que habían derivado en escasez de alimentos y bienes (reflejado en la vetustez de la escuela y la falta de productos de consumo en el mercado).³⁴

Aunque, en el contexto, había pasado la peor época de la represión antinacionalista, eso no significaba que la feroz coerción que se había desarrollado no se siguiera aplicando. Antes de la guerra, se establecieron las denominadas *listas alfabéticas*, que contenían de forma minuciosa y aleatoria a todas aquellas personas y organizaciones consideradas peligrosas,³⁵ y que continuaron en aquellos territorios que se habían incorporado a la URSS tras la victoria en la guerra, caso de Estonia.³⁶

Así, sintetiza Alfonso Cucó, gracias a «este complejo aparato de información —y de *liquidación*— se engrasaba concienzudamente una formidable maquinaria represora contra los sectores sociales sospechosos de abrigar cualquier tipo de tendencia antisoviética, incluidos los más pintorescos supuestos».³⁷

No solo se iba a perseguir, como el caso de Nelis, a aquellos que hubiesen colaborado con los alemanes, sino a *bandidos* o *kulaks*, en otras palabras, a parte de la élite política, económica y cultural nacionalista que hubiese podido sobre-



vivir a los breves meses de ocupación antes de la llegada de los alemanes.³⁸

Cada cual buscaría la manera de intentar escapar u ocultarse al estrecho cerco de la celosa vigilancia del NKVD (Comisionado del Pueblo para Asuntos Internos, luego conocido como KGB, a partir de 1954) y otros organismos policiales de los variados aparatos de vigilancia del Estado soviético. Conocían su suerte, la muerte, la cárcel o, en el mejor de los casos, muchos años de condena en Siberia.³⁹

La llegada del protagonista a la pequeña localidad nos muestra de forma elocuentemente descriptiva, una áspera vida de posguerra, como cuando se cruza con un carro tirado por un caballo, un hombre quemando rastros, casas bajas de madera, gallinas sueltas y unos puestos de madera, en la plaza principal, donde se celebra el pobre mercado del pueblo. Lo mismo se podrá decir de la escuela, que se percibe vetusta y a la que le falta una mano de pintura y materiales. Se reconstruyen con acierto las pobres condiciones materiales existentes de un mundo frío y muy austero, al remarcar, en este escenario, muy bien una realidad cotidiana muy precaria.

También se perciben algunos aspectos de la ocupación soviética (la militarización de la sociedad)⁴⁰ cuando Nelis se cruza con varios soldados en la estación y, luego, ve pasar por la carretera un camión descubierto con más tropas, incluso, sobrevolando el cielo, se escuchará el ruido de dos flamantes aviones a reacción.

El otro aspecto a destacar es la atmósfera que se crea. Nelis llega en pleno invierno, no es casual, ya que es una época de poca luz y tonos tenues y apagados. Y esta estación se revela como un símbolo de la mirada que se ofrece de aquellos amargos años 50. Los días son más cortos, los rigores a causa del gélido viento terrosos y ásperos, donde los vecinos permanecen a resguardo en sus hogares, con pocas ocasiones de disfrutar del aire libre, metáfora de la falta de libertades. Pues el control soviético de todos los órdenes de la vida era muy riguroso y opre-

sivo, un clima que vendrá marcado en la propia película, a partir de la desconfianza y el temor a *las visitas inesperadas*.

En ese sentido, Nelis representa a tantos hombres y mujeres que vivían de este modo: con miedo a ser detenidos. Va a ser, sin duda, una constante, no solo en la vida del personaje, sino como reveladora de una situación cotidiana en la que se sufría esa inquietud. Hay un momento, por ejemplo, al poco de llegar Nelis al pueblo, en el que la señora, que hace de conserje en el inmueble destartado en el que se hospeda, le anuncia que alguien le aguarda en su habitación. Es el abuelo de Jaan, su tímido alumno. Su reacción inmediata, antes de saber quién es, es muy elocuente, se percibe un gesto resignado, de derrota anticipada, creyendo que es la policía que ha venido a buscarle.

Más tarde, tras regresar exitosamente de la reunión escolar, en la que el director ha pretendido excluir la esgrima del programa docente, siente que alguien le sigue. Es noche cerrada. No hay nadie en las calles y el silencio es opresivo. Por lo tanto, se trata de una *escena desnuda*, sin música. Nelis es seguido por otro hombre al que no puede ver el rostro y preocupado acelera el paso. No hay duda de que esta reacción codifica muy bien un mundo de sospechas y detenciones. Aunque quien le sigue es su amigo Alexey, quien le da un susto de muerte, apareciéndosele por detrás. Al descubrir que es él, saca a relucir una alegría y un entusiasmo reconocible en Nelis hasta ese instante.

El contraste es muy implicativo. Nelis no es un hombre amargado o triste de por sí, son estas circunstancias tan especiales que vive las que le hacen ser tan hermético y lánguido en sus expresiones, tan apocado, en cierto sentido.

Alexey va a representar, por su parte, a la vida que el protagonista tuvo que dejar atrás y significa el único hilván con su pasado del que se alegra. En este reencuentro recuerdan viejos tiempos comiendo, mirando viejas fotografías y acompañándolo con unos acordes de la guitarra



que Alexey ha traído consigo. Son los íntimos y discretos momentos de felicidad, casi clandestina.

Su amigo ha venido porque ha conseguido para él un puesto como compañero de entrenamiento de esgrima, en Novosibirsk. Claro que, en ese tramo del filme, eso supone dejar a sus alumnos y Nelis no puede hacerlo, se ha comprometido con ellos. Ellos le han dado esperanza, un sentimiento único de pertenencia y reconocimiento.

Cuando acompaña a Alexey a la estación para despedirse de él, Nelis le confesará que se ha apuntado a una organización soviética, el Spartak, porque es la única manera que tiene de obtener el equipamiento de esgrima que necesita para sus alumnos. Su amigo le advierte preocupado de que le pedirán documentación y que eso es peligroso: «¡Estás jugándote la vida y te preocupas por esos niños!». Por lo que Nelis le responde: «¿Qué quieres que haga? Yo solo quiero una vida normal, nada más». El otro le recuerda que le «están pisando los talones». Pero Nelis se queda, a pesar de todo.

De nuevo, se subraya esta realidad anómala controlada y dirigida por el totalitarismo que fagotiza todos los elementos de la vida tanto en lo personal como en lo social. Si quiere lograr materiales han de formar parte del sistema, del Partido y de sus estructuras, aceptar sus reglas, aunque sean arbitrarias, caprichosas y contradictorias.

Poco después, por tercera vez, vuelve a expresarnos su temor a que vengan a detenerle, síntesis de lo que sufrirían tantas personas, cuando unos hombres que han venido en un camión preguntan por él, aunque se trata de un envío especial de su amigo Alexey, unos cajones con viejos equipamientos de esgrima.

Detenciones, control social, miedo, militarismo y, por supuesto, el culto a la imagen de Stalin está muy presente en carteles a lo largo del filme, ya sea en la escuela de esgrima de Leningrado, en el gimnasio, etc. Es el hombre de hierro,

el padre de la patria, el que ha logrado la gran victoria contra el nazismo.⁴¹ También veremos una imagen, ya amarillenta, de Lenin, presidiendo en lo alto del gimnasio, harto significativa respecto a lo lejos que está la utopía comunista prometida de la realidad mísera e inquieta en la que se vive. Esta omnipresencia de los padres de la patria soviética la encontramos así mismo al final, en el mismo torneo, en un cartel con el rostro del dictador georgiano que preside la sala central donde se realizan los combates de esgrima.

Aún con todo, en este cuadro tan gélido, hay elementos humanizadores, los que ni las persecuciones ni ese control pueden impedir y que tan vivamente se desvelan en los personajes. Aparte de Alexey y la relación con sus alumnos, es la afable y sencilla Kadri, otra profesora del centro, la que ofrece otra nota de claridad.

La relación entre Nelis y Kadri se sitúa fuera del centro y tiene un valor emocional muy especial. La segunda vez que se encuentran, Nelis le invita a tomar un chocolate, bien no siempre disponible en el pueblo. Es el reflejo, una vez más, de la precariedad. Y cuando ella quiere saber si le gusta el centro, él, al principio, como garantía de no revelar sus sentimientos, le miente, y le responde que sí. El gesto contrariado de ella desvelará su decepción, como si esperara más de él, frente a este mundo de apariencias e idiosincrasias estoicas regidas por una férrea ortodoxia en la que hay que reprimir los sentimientos personales por un fin, tal vez, más elevado, pero que, en el fondo, se impone de forma brutal y descarnada. Arrepentido de su reacción, a la que está habituado, Nelis le acabará confesando que no se le dan bien los niños. Esas inesperadas palabras sorprenden a Kadri y le contesta: «Solo es cuestión de tener paciencia y repetir las cosas una y otra vez. Ellos se esfuerzan mucho. Les encanta la esgrima. Es bueno que estén tan centrados en algo, estando ocupados no piensan en otras cosas. Eso les hace bien».



Este consejo sintetiza el estrecho vínculo entre educación y vida. Porque, a pesar de todo, los niños son conscientes de lo que sucede a su alrededor, perciben, o han sufrido, lo que hay detrás de los opresivos silencios y necesitan tener un sostén en el que apoyarse, una esperanza. Estos elementos de sinceridad y complicidad latente entre ambos, que se irán afianzando, van abriendo la lata de esa honda desconfianza frente a las denuncias o las detenciones, mostrando que hay todavía actitudes nobles a pesar de la gris y áspera realidad de la que participan; pudiendo expresar su dolor, su angustia y sus desvelos, pero también su amor, su cariño y anhelos que anidan en ellos.

El cine, en estas escenas comentadas, tiene esa fuerza expresiva para hacernos sentir esto de forma única a la hora de recrearnos una realidad pasada desde las emociones, desde la expresión y caracterización de los personajes, codificando una transmisión de sensaciones única y universal, al mismo tiempo, abriéndonos a una nueva relación con el pasado, como indica Rosenstone, más directa y reflexiva.⁴²

Otro aspecto interesante a destacar es que no se incide en aspectos de reivindicación nacionalista explícitos para no desvirtuar el mensaje. Y aunque los estonios fueron, como otras nacionalidades en la URSS, perseguidos y su identidad reprimida,⁴³ el enfoque que ofrece el director es rescatar un más sensible humanismo frente al totalitarismo, de carácter universal, integrador y europeísta, cuidándose de llevar a cabo una apología de un nacionalismo estonio no siempre democrático. Después de todo, aunque Estonia logró su independencia en 1920, su andadura no fue tan positiva como podría considerarse, todo lo contrario. Pasó de ser una democracia a un régimen autoritario, en 1934, como muchos otros países del contexto de Europa, incluyendo a la misma Alemania. Vendrían estos años, por lo tanto, caracterizados por una fragilidad política muy aguda, constituyéndose incluso un partido fascista (la Wabse), antisemita, antimarxista y antidemocrático.⁴⁴ Más tarde, con la ocupación

soviética se produjo una política intensa de rusificación (cultural y demográfica) de los países bálticos, en ese efímero intento de lograr una *fusión de las naciones* para constituir el auténtico *ciudadano soviético*.⁴⁵ Lejos estuvo de lograrse y lo único que se consiguió fue, precisamente, un rechazo frontal al modelo soviético y ruso, y conflictos tras su desintegración.⁴⁶

El valor de la educación y la esgrima

Es cierto que uno de los mayores logros de la Revolución fue una apuesta muy clara y entusiasta por la educación, con un impulso y desarrollo de la escolarización gratuita y obligatoria que alcanzaría su punto álgido en los años 40, llegando a todos los lugares de la extensa URSS. Se produjo una modernización social, pero con los inconvenientes de que todo esto venía estrictamente regulado por unas instituciones que querían crear un modelo de ciudadano soviético.⁴⁷ Claro que el marco en el que nos situamos es otro diferente. Estonia fue integrada tardíamente al modelo soviético, tras la anexión en frío perpetrada por Stalin. El modelo que se impondría allí sería semejante, los chicos y chicas eran escolarizados siguiendo las directrices soviéticas (rusas), pero dañando la cultura nativa.⁴⁸ Y aunque, de forma sutil, el filme nos desvela que es una sociedad que vive con miedo y recelo, también aspira a sentir algo más, y ahí es donde la esgrima se convierte en esa catarsis, símbolo de querer vivir de otra manera.

Sin embargo, veremos como la ideología es un elemento muy rígido, al servicio no de la sociedad, sino del poder, incluso, tratándose de un pequeño centro educativo donde transcurren los hechos. Así, cuando Nelis llega al colegio, ha de pasar el escrutinio del director que verifica sus credenciales, a este le llama la atención que sepa esgrima y comenta de forma reprobatoria: «Vaya, vaya, no parece el deporte ideal para el proletariado, ¿no le parece?». Pero Nelis guarda silencio. No quiere revelar lo que piensa porque discutirlo sabe que es peligroso. La ac-



titud del director sintetiza un doctrinario lleno de ignorancia, porque luego veremos que hay escuelas de esgrima por toda la URSS.⁴⁹ Por lo tanto, no puede ser que sea un deporte burgués, al contrario, para Moscú el fomento de todas las actividades deportivas venía a convertirse en un elemento de propaganda internacional de primer orden (igual que hacía EEUU, por su parte).⁵⁰

Al principio, Nelis, que no parece sentir ninguna vocación para la docencia (la esgrima era su vida antes y ha tenido que renunciar a ella), sigue sin ilusión el programa gimnástico que le han encomendado para los chicos. Aparte de su labor pedagógica, tiene que dirigir un programa después del horario escolar: un Club deportivo. El director le amenazará con enviar un informe desfavorable sobre él, si no se pone a ello. Y como ha de pasar desapercibido, Nelis busca alternativas. Pero hay poco material en el gimnasio, salvo un banco de pesas viejas. Así que decide subir al desván del edificio para ver si encuentra algo de interés. Solo hay ajados vestidos de ballet, viejos patines de hielo, hasta que encuentra unos esquíes. Algo perfecto para los niños. Los arregla y prepara. Solo falta que nieve. Pero cuando esto sucede se encuentra con que los esquíes no son del centro, sino que están compartidos con los militares que, un buen día, se los llevan sin pedir permiso a nadie, y menos informar a Nelis de ello. Ha de volver a empezar, encontrar una actividad, ante la falta de comprensión del director. Refleja, de nuevo, un marco en donde los militares tenían prioridad y se dirigía el sistema de forma poco eficaz.

Pero todo cambia cuando un buen día una alumna, Marta, le encuentra practicando con su florete. Y esta le pide que le enseñe. La chica quería aprender ballet pero como no dan clases (muestra lo poco que se puede elegir en esta educación), cree que la esgrima puede serle divertido. Él le responde que no puede porque «es absurdo hacer esgrima solo». Y la muchacha se marcha, aunque él la vuelve a llamar, arrepentido de sus bruscas maneras y le regala un pin

conmemorativo de esgrima, lo que llevará a que la niña, antes seria, se marcha con una amplia sonrisa. Este incidente le induce a tomar la decisión de montar un club de esgrima. Es lo que mejor sabe hacer.

Con lo que no cuenta Nelis será con el deseo de los niños, de muy diversas edades, por aprender, por hacer algo diferente y de que alguien les enseñe, con lo que la convocatoria será todo un éxito en su llamamiento.

Pero, en este marco, se observa un valor de reciprocidad. La educación no es un camino solo de ida sino de vuelta, de vínculos personales entre el docente y sus pupilos y viceversa, una labor humana y emocional de enorme calado, en la que se valoran los deseos de aprender de los niños y la importancia de encontrar un camino para ellos, cuando se les cierran tantas puertas para decidir cómo actuar y cómo ser. No quieren una senda dirigida, sino abierta, libre y opcional, lo que representa una escuela más democrática. Precisamente, un contramodelo a la sociedad autoritaria.

Nelis aprenderá de los niños. No es un buen educador, resulta seco y poco sensible con ellos. Por ejemplo, el personaje de Jaan es clave, a este respecto, porque busca ganarse su admiración, pero no lo consigue porque el profesor es poco paciente con él, exigente y autoritario. Pero, poco a poco, a través de los consejos de Kadri, de su experiencia y sensibilidad, va dándose cuenta de que no puede actuar de esta forma, que los niños ya viven de por sí un entorno hostil y él debe comportarse de otro modo. Su transformación se muestra cuando, en una escena, la presión que ejerce Nelis para corregir a Jaan es tan fuerte, este huye del gimnasio. Nelis corre tras él para intentar convencerle de que regrese. El chico, con su sinceridad habitual, le replica que no lo hará porque él no aprenderá jamás. Pero Nelis le insiste en que él le enseñará, y el otro le responde: «Eso es imposible. Usted tampoco sabe... no estaría aquí si fuera bueno». Claro que no puede decirle la verdad y se compromete a convertirle en un «buen esgrimista».



Es un mundo donde nadie cree en nada porque no hay confianza. Está claro que a Nelis, inicialmente, le cuesta mucho conectar con sus pupilos, sencillamente, no sabe cómo actuar, y Jaan, cuya vida está marcada por el dolor, necesita ser aceptado y reconocido, es un chico muy sensible y psicológicamente frágil, por lo que no recibe bien los reproches y reprimendas. Les toca aprender uno del otro. Superar las adversidades con convicción, extraer lo mejor que hay en cada cual con un sentido madurativo de la vida y de este rígido contexto.

La primera lección de Nelis es muy simbólica cuando les expresa a los chicos y chicas: «Se suele pensar que solo consiste en dar y recibir estocadas. Pero ¡no! Lo más importante en esgrima es dominar las distancias». Y les mostrará cómo han de moverse, ponerse en guardia, avanzar y retroceder. Además, se las tendrá que ingeniar para elaborar sus propios materiales de esgrima, al principio, con ramas que emulen a los floretes que no tienen, subrayando, así, la misma precariedad social en la que viven. La ayuda del abuelo de Jaan, entregándole su viejo equipamiento de esgrima, sirve, al menos, para que puedan cruzar dos floretes reglamentarios, con armas de verdad, petos y máscaras, que los niños se van turnando. Por lo tanto, se remarca la solidaridad existente, la superación de las dificultades (falta de material), el compromiso (de los alumnos) y ese afán de saber situarse ante el mundo, por cruel o difícil que sea (las distancias en la esgrima).

Claro que el rígido modelo impuesto no admite libertad de criterios personalistas. El director descubrirá lo que hace a pesar de su velado reproche contra la esgrima e intentará evitar que el programa siga adelante. Es un hombre severo, inflexible, es muy celoso de que nada altere la firme línea oficial del partido, aunque es un prejuicio suyo, nada más, porque en la URSS se impulsa la esgrima. Se le ve rodeado de informes, de papeles que firma o prepara, lo que ilustra esa burocratización y rigidez del sistema soviético. Pero nunca le vemos dar clases, ni tan

siquiera preguntar o interesarse por su desarrollo. Al contrario, su intención es impedir que Nelis siga con el club porque lo considera un *elemento burgués*. Esta etiqueta negativa lo dice todo. Aunque no puede impedir directamente que dé clases, por eso de mantener las formas, pero hará todo lo posible por encauzarlo en la *dirección correcta*. Así que le citará en su despacho para llamarlo al orden, estimando que las clases de esgrima eran «algo temporal» y abogando por «deportes más tradicionales» (que no especifica).

En todo caso, la actitud de los compañeros de Nelis (salvo Kadri) será muy reveladora, al mantenerse al margen. Son pasivos porque saben que el ladino director no admitirá ninguna objeción y podrá acusarlos de *disidentes*. Sin embargo, Nelis se rebela contra el sistema y defiende su enseñanza, porque no cree que haya nada malo en ello. No puede callarse ante esta injusticia, a pesar de exponerse. El director subrayará que no son un «colegio prestigioso» y que, por eso, la esgrima está fuera de lugar. Como si solo los privilegiados tuvieran el merecimiento de tener la suerte de aprender ese arte. Y acaba sentenciando: «Aquí las cosas son diferentes. Se acabará dando cuenta».

En realidad, lo que el director le viene a decir es que todo pasa por su aquiescencia, porque es un hombre de rígidos y estrictos códigos, mostrando una total estrechez de miras que le hacen creer que su visión le da la razón. Encarna, desde luego, ese sistema esclerotizado, en el que era preferible no hacer nada, por temor a salirse de la doctrina (el *síndrome de la herejía*)⁵¹ y ser *purgado* por cuestionar el sistema.

No obstante, eso no significa que no haya resistencias internas ni disidencias, intentos no tanto de rebelarse sino de cambiar las opresivas o encorsetadas inercias.

El director, queriendo zanjar el asunto, reunirá en el gimnasio a los padres pensando que nadie se opondrá a sus pretensiones. A Nelis se le dará la oportunidad de defender las clases ante



ellos, pero el director no le dejará explicarse libremente. Su actitud clarifica muy bien la autosuficiencia con la que se comporta, ante unos padres a los que se les ve claramente apocados y dubitativos, sabiendo que cualquier opinión personal, diferente a la oficial, no será bien vista. Y el director actúa con la suficiencia de quien siempre se sale con la suya. Por eso, ante el mutismo de los presentes, entre ellos un Nelis que sabe que ya nada depende de él, interviene desacreditando las clases con un argumento que cree ideológicamente irrefutable: «¿Soy el único que piensa que esta reliquia de los tiempos feudales no es lo más adecuado para nuestros hijos?».

Y eso queda reafirmado por su ayudante, que considera que el club no es solo deportivo, ya que en la escuela «todo lo que enseñamos tiene un sentido político».

Concluye: «la elección de este deporte, puede ser... malinterpretada».

Una madre se atreve a intervenir y comenta que a su hijo le gusta la esgrima. Pero el ayudante rápidamente la hace callar, abruptamente, indicando que ese no es el tema. El director, viéndose seguro ya de su triunfo, concluye que el club debe seguir, pero ofreciendo a los chicos «deportes más adecuados para el proletariado» y, por lo tanto, la esgrima no tiene cabida. Todos bajan la mirada, impotentes, como si supieran que por mucho que quisieran argumentar en contra, no van a lograr cambiar la decisión. Hasta que interviene el abuelo de Jaan y defiende que la esgrima no tiene nada de feudal y que se practica desde siempre. Y, entonces, ofrece un argumento de peso: «¿Sabéis que cuando Karl Marx era joven la practicaba?». Pero el máximo responsable de la escuela valora que es un hecho que no se puede verificar, por lo que lo descarta. No obstante, el abuelo insiste en votar, ya que considera que hay opiniones diversas. El director, incauto, no tiene otro remedio que aceptar el *sistemaseudodemocrático* que han regido hasta la fecha las votaciones, no sin antes advertirles a los padres que la decisión irá al

Departamento de Educación. En otras palabras, que puede haber consecuencias negativas para ellos.

Utiliza, a falta de nada mejor, el recurso de la sutil amenaza para condicionar por completo su voto. Pero, a pesar del aire cohibido de los asistentes, animados por el valor y arrojo del abuelo, comienzan a levantar la mano todos uno a uno, para consternación y humillación del director. Pero, en su mezquindad, el director no va a dejar las cosas así. Querrá saber quién es de verdad Nelis, quiere escarbar en su historia para encontrar alguna mancha que pueda destruirle. Es un hombre astuto y vengativo. No se preocupa por si los niños están contentos o si Nelis hace bien su trabajo. Su obsesión es que nada rompa las estrictas reglas que ha constituido a su alrededor, que nadie pueda desafiarle, ni cuestionar sus métodos ni reglas, lo que simboliza muy bien el modelo soviético imperante.

Resiliencia, victoria y condenación

La Historia se compone de muchas singularidades personales. No es blanca o negra, no solo están los Estados y los regímenes que los gobiernan, sino que se nutre de las actitudes y sentimientos personales incluso dentro de los propios sistemas totalitarios. Las personas se resisten y se enfrentan a las adversidades de un modo estoico y valiente. Pero no es una resistencia violenta sino cívica, garantizada por el convencimiento de que la voluntad, a pesar de todo, no puede ser del todo silenciada ni acallada, que puede encontrar su espacio de esperanza y logro. Esto es lo que se plantea en esta parte última de la película. Nelis ha conseguido ganar por la mano al director, su relación con Kadri se afianza, la enseñanza de esgrima a sus muchachos le vuelve a hacer a sonreír, convirtiéndose en un buen maestro, alejado ya de la tensión de que le descubran. Llega la primavera y los días se aclaran y son más hermosos, encarnando una nueva ilusión.



Pero el sistema le vuelve a poner a prueba. No deja de estar celosamente vigilante y siempre anda al acecho, en su obsesión de buscar y encontrar enemigos.

Así, el director ha encomendado a su ayudante que busque información sobre el camarada Nelis, y le indica que lo busque por su verdadero nombre, Elder Keller. Este bucea en los archivos estatales. Lo cual llevará a que se descubra su verdadera identidad y se desvele su *delito*. Al mismo tiempo, en la prensa, el abuelo de Jaan encuentra que se convoca un campeonato de esgrima en el que los chicos, en su entusiasmo juvenil, quieren participar. Nelis no puede confesarles que eso pone en riesgo su vida. Y tanto la esgrima como los chicos conforman su centro de interés. Intenta convencerles de que es un torneo soviético y de que acudirán buenos participantes. Lo mejor, les aconseja, sería hacerlo más adelante, cuanto estén preparados. Sin embargo, no es consciente de que les ha dado una esperanza. Y Marta es obstinada, quiere asistir. Por eso, desilusionada, le devuelve el pin que le dio al principio, sintiendo que la negativa de su profesor significa que no cree en ellos. Aunque no sea cierto. Al final, empujado por la necesidad de no defraudarles y el valor que les da la esgrima en sus vidas, tiene que acceder a participar.

Después de todo, esos chicos no tienen nada más. Viven en un mundo que no les permite creer en ellos mismos y la esgrima, en su afán de superación, les hace sentir que hay algo más que la resignación y la mansedumbre. Han sabido reponerse a la adversidad, volver a sonreír, como Nelis, y creer en un mañana.

Aun así, la trama nos recuerda que hay una realidad amarga y despiadada. El momento en que parece que se ha logrado el éxito de vencer al sistema (al director) va a coincidir con la aparición, una noche, delante de la casa de Jaan y su abuelo, de un coche negro. Se detiene ante su puerta. El cruce de miradas y el silencio que inunda a los dos es muy elocuente hasta que alguien golpea la puerta. Señal inequívoca de que han venido a detenerle. Abre Jaan y uno

de los hombres, muy serio, le identifica como alumno del club de esgrima y pregunta por su abuelo. La áspera actitud de los agentes, que ni tan siquiera se identifican, describe unos códigos coercitivos ya reconocidos por todos. No hay otra autoridad y esta es implacable. Ante el silencio de Jaan, otro de los hombres le insiste. Pero, al poco, como si supiera de qué se trata, aparece su abuelo tras él preparado para irse, con chaqueta, gorra y una bolsa con algunas pertenencias.

El nieto, ingenuamente, le pide que no se vaya. Él, a modo de despedida, conociendo su suerte, le indica que ya se ha convertido en un hombre, que ayude a su madre y, ante todo, que se convierta en un «buen esgrimista».

Este elemento, la esgrima, se convierte así en una firme voluntad de tener algo por lo que luchar, de superar, mediante *la resiliencia*, este entorno hostil. El dolor, la profunda tristeza se perfilan en las miradas del abuelo, de Jaan, y las de Kadri, a continuación, cuando acude tan significativamente a la habitación de Nelis y se abraza a él sin decirle nada. También en ese gesto sencillo, pero profundo, cuando Nelis reparte los floretes a sus alumnos y cuando le toca el turno a Jaan, con los ojos enrojecidos por el llanto, le ofrece el de su abuelo... todo apunta a que ha sido el director del centro el que ha movido los hilos contra el abuelo de Jaan. Podría ser esta la causa u otra. No importa. Esa falta de explicaciones agudiza y enfatiza más el poder omnímodo de un Estado soviético en el que la política arbitraria de detenciones fijaba un temible control sobre los individuos.⁵²

En este marco, Kadri se enterará de la verdadera identidad de Nelis. Su amigo Alexey le ha llamado para advertirle, tras saber sus intenciones de participar en un torneo, que no vaya por «ningún concepto» a Leningrado. Y como Nelis no está, ella ha cogido el recado. Ella sabe que esa advertencia no es gratuita y, poco después, él le confiesa que durante la guerra fue reclutado por los alemanes y que, luego, huyó. Ella le pide que se vaya, antes de acabar en Siberia.



Pero no puede dejar a los niños: «No puedo decepcionarles. Confían en mí». Para él no solo es algo más que un deber como docente, sino como persona que les ha entregado un don especial: creen en la esgrima, en un arte que les hace ser mejores, símbolo de lucha contra un mundo adverso y hostil. Porque él siente que se ha convertido en un padre, muchos no lo tienen, muertos, imaginamos en la guerra mundial, por otros detenidos... Kadri le intenta convencer de que su actitud no les va a ayudar a ellos porque ya saben lo que es vivir sin padres: «lo peor es la larga e inútil espera». Por eso, le ruega que no vaya, «te necesitan, hazlo por esos niños». Sin embargo, él piensa diferente y le responde: «Tal vez, por eso, necesito ir».

A pesar de todo, hay un compromiso. No piensa en él, sino en el futuro de unos niños a los que les han arrebatado todo (a sus padres) y que él no puede ni quiere, se da cuenta, fallarles. Les ha ofrecido lo que hay más valioso en él, su conocimiento del arte de la espada, pero también un rayo de luz, de valor ante la adversidad. De ahí que cuando Nelis, regresando a su habitación, encuentra las luces del gimnasio dadas y a Jaan dentro practicando, siente que es su deber estar con ellos. Jaan ha perdido a su padre y a su abuelo, su madre trabaja a doble turno para sacar adelante a la familia. Así que la esgrima es su refugio. Y, entonces, Nelis practica con él aquellas de las fintas que más le cuestan. Esto nos muestra lo mucho que ya ha avanzado en su formación. El gesto de Nelis, en esta ocasión, se relaja, es otro muy distinto al inicio del filme, hay alegría y, sobre todo, mucho orgullo. Sin embargo, el ayudante del director ha encontrado la prueba definitiva de su delito, su pasaporte militar alemán con su fotografía.

Nelis decide que no puede esconderse y eso le lleva a anunciarles a los chicos que van a participar en el concurso y elige a los que van a integrar el equipo, Toomas, Jaan, Lea y, como suplente, por supuesto, Marta. El grupo comparte su alegría, pues ya solo el participar representa para todos ellos el triunfo del esfuerzo que

les ha llevado hasta allí e ir a Leningrado. Claro que las vicisitudes no acaban ahí, debido a que, cuando llegan, se enteran de que para participar necesitan de equipamiento moderno, con sensores. Y si no lo consiguen quedarán descalificados, no pudiendo entrar en el torneo. Aquí, se refleja que la camaradería soviética brilla por su ausencia. Es una competición y se va a ganar. Hasta que, finalmente, cuando lo cree todo perdido, Shirin Petrosyan, que lidera un grupo de esgrimistas femeninas, se le acerca a Nelis y les ofrece sus armas.

Todos los equipos son rusos, salvo ellos, citados en último lugar y recibidos con fríos aplausos desde el palco del público, mostrando que la hermandad soviética tampoco era muy real. El equipo tiene éxito y logra clasificarse para las rondas finales. Mientras Nelis ve que han venido a detenerlo. Y cuando recorre el edificio, buscando una salida, se encuentra en el descansillo de unas escaleras con el despreciable director, fumando nerviosamente que, al verle, se justifica: «Yo simplemente hago lo que se espera de mí. Me he guiado por este principio. Es lo que me ha llevado hasta donde estoy».

Tal comentario refleja bien el carácter pusilánime de aquellos que vertebraban una parte de este sistema, al que se aferran en su mediocridad, aunque eso implique actuar con una gran bajeza moral, utilizando para ello los instrumentos lícitos por el autoritarismo para perpetuarse, como son la delación, la crueldad o la coerción. El director, a pesar de todo, es un cobarde, y le ofrecerá una oportunidad de escapar, aunque Nelis opta por volver con sus pupilos en el momento decisivo. Marta, nada más verle, se le acercará y le dirá: «No vuelva a marcharse ¿Lo promete? No queremos pelear solos». Los combates finales muestran la fortaleza emocional de Jaan y el valor de Marta, que acaba por dar la estocada de la victoria al campeón ruso al que se enfrenta.

No obstante, la victoria tiene una consecuencia, la detención de Nelis, que será el sacrificio que debe hacer por sus chicos. Antes de ser lle-



vado por los policías, regala a sus alumnos una mirada de orgullo y confianza que va más allá de lo que ha significado ganar el torneo, como es tener vida, un sueño y esperanza.

La suerte querrá que la detención de Nelis se produzca poco antes de la muerte de Stalin, que tuvo lugar el 5 de marzo de 1953, lo que derivó en que, progresivamente, se produjera un proceso de desestalinización y fueran liberados millones de presos de Siberia, entre ellos el propio Nelis.⁵³ Eso le permitirá volver a Haapsalu, con Kadri y sus alumnos que, en una escena muy emotiva, acuden a recibirle a la estación.

Conclusión

Aunque la historia sigue un viejo esquema, la relación de un profesor con sus jóvenes pupilos, se muestra algo más importante, la posibilidad de acercarnos a un universo gris y hermético como es la Estonia de 1950.

La virtud del filme, por lo tanto, no es tan solo el abordar la recuperación de un capítulo de la memoria estonia concreta, la historia del esgrimista Elder Keller, sino de utilizarlo para un fin *ejemplarizante*.⁵⁴ Caracteriza, de forma sutil, y recrea, con acierto, aquella sociedad soviética de posguerra, en donde se daba un imperativo ideológico tan riguroso que se deshumanizaba a las personas. Todo ello, además, vino acompañado por un poder coercitivo estatal que impedía cualquier clase de desviación de la ortodoxia, tal y como se puede identificar en el personaje del director del centro.

Aunque no se abordan en profundidad los traumas de los niños, ni se adentra en la relación profesor-alumno, salvo puntualmente, se escenifica bien un marco en donde los individuos eran algo más que meros autómatas sometidos. Los protagonistas, tanto niños como adultos, encarnan el sufrimiento silencioso, soportan una dura realidad, saben lo que implica resistirse al sistema, acabar en Siberia, y buscan algo a lo que aferrarse. La esgrima, sin duda, es el símbolo de su esperanza.

El director finés Klaus Härö logra con sencilla claridad transmitirnos una *realidad histórica* a partir de atmósferas (silencios, tersura invernal, suavidad primaveral, etc.), y sentimientos, lanzando, ante todo, un mensaje recordatorio, pero, al mismo tiempo, muy aleccionador sobre la naturaleza resistente (y también mezquina) de los seres humanos en contextos difíciles. Y codifica *La clase de esgrima* como un sincero homenaje a aquellos que, en esta adversidad, lograron dotar de humanidad e ilusión a unas generaciones marcadas tan terriblemente por ese siglo XX de los totalitarismos europeos.

NOTAS

- ¹ Judt, 2016, p. 35.
- ² Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, 2010, p. 9.
- ³ Cucó, 1999, pp. 73-75 y Troitiño, 2008, p. 33. Después de todo, Estonia había sostenido una estrecha relación con la cultura germánica, hasta que el zarismo se empeñó en rusificar intensamente el territorio.
- ⁴ Ferro, 1995; Burke, 2001 y Rosenstone, 2014.
- ⁵ Luchini, 15 de julio de 2016.
- ⁶ Rodríguez Marchante, 15 de julio de 2016.
- ⁷ Dalton, September, 28, 2015.
- ⁸ Chang, June, 18, 2015.
- ⁹ Service, 2000, pp. 86-89.
- ¹⁰ Meyer, 2007, p. 341 y Faraldo, 2011, pp. 87-108.
- ¹¹ Beevor, 2012.
- ¹² Meyer, 2007, p. 343. Los soviéticos tuvieron unas bajas de 150.000 hombres contra las inferiores fuerzas finesas, y solo la abrumadora presión derivó en que Helsinki se aviniera a aceptar las condiciones de Stalin.
- ¹³ Cucó, 1999, pp. 102-103 y Faraldo, 2011, 111-114.
- ¹⁴ Cucó, 1999, p. 107. Llegándose a quemar la mayoría de los volúmenes de librerías, bibliotecas y archivos.
- ¹⁵ Troitiño, 2008, p. 34.
- ¹⁶ Glatz y House, 2017.
- ¹⁷ Cucó, 1999, pp. 108-109. Aunque los países bálticos recibieron con agrado la liberación alemana, Hitler no reconoció su independencia y estableció una administración propia.
- ¹⁸ Stein, 1973 y Leleu, 2013. Las SS actuaron como una especie de Legión extranjera para las pobla-



- ciones arias no alemanas. En este sentido, se conformó, ante la acuciante necesidad de hombres, la Legión Estonia, en 1942. Más tarde, en 1944, ante el temor a la invasión soviética, se llamó a todos los voluntarios para luchar contra ellos y se configuraría ya la 20ª División de Granaderos SS. A pesar de formar parte de las SS llevaban como emblema distintivo la bandera estonia. Tras la guerra no fueron encausados como el resto de las unidades de las SS al considerar que habían sido reclutados de manera forzosa.
- ¹⁹ Service, 2000, p. 290.
- ²⁰ Cucó, 1999, p. 110. También hubo una unidad llamada Tiradores estonios que lucharía en favor de la URSS.
- ²¹ Judt, 2016, p. 78.
- ²² Faraldo, 2011, p. 298.
- ²³ Troitiño, 2008, p. 34.
- ²⁴ Un filme muy ilustrativo a este respecto es *1944* (2015), de Elmo Nüganen, que nos ofrece, precisamente, ambos puntos de vista, estonios que lucharon contra la URSS y otros incorporados a las SS.
- ²⁵ Roos, 1985 y Hiden, 2010.
- ²⁶ Faraldo, 2011, p. 303.
- ²⁷ Pues tanto a las SS letonas, como a las NSZ, polacas, a los Ustacha croatas o a los Chetniks, en Serbia, se les otorgaría el mérito de ser agrupaciones anticomunistas, dejando de lado sus brutalidades.
- ²⁸ Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, 2010, pp. 13-15.
- ²⁹ Casanova, 1991; Skultans, 1998. Malamuz y Dinsmann, 2004; López-Medel Báscones, 2008, Flores Juderías, 2009; Pérez Sánchez, 2010; Grigas, 2013; Cejas, 2014 y Kasekamp, 2016.
- ³⁰ Faraldo, 2009, pp. 83-101.
- ³¹ *Finlandia-Estonia-Alemania, 2015*. Director: Klaus Härö. Guión: Anna Heinämaa. Fotografía: Tuomo Hutri. Música: Gert Wilden Jr. Vestuario: Tina Kaukanen. Montaje: Tambert Tasuja y Ueli Crhisten. Intérpretes: Märt Avandi, Ursula Ratasepp, Lembit Ulfsak y Liisa Koppe. Duración: 99 min.
- ³² Meyer, 2007, p. 377.
- ³³ Cucó, 1999, p. 111.
- ³⁴ Judt, 2016, p. 258 y Lewin, 2017, p. 196.
- ³⁵ Cucó, 1999, p. 105.
- ³⁶ Meyer, 2007, p. 378. Aparte de anexionarse los países bálticos, también lo hizo con Bielorrusia, Carelia, Besarabia y Bukovina (Moldavia), Rutenia subcarpática y Galitzia, Königsberg (Kaliningrado) y Prusia Oriental, en Europa, y unos territorios, además, en Extremo Oriente como la isla Sajalín, las Kuriles y otras islas más. Finalmente, impuso una serie de gobiernos comunistas afines y controlados por Moscú en Europa del Este.
- ³⁷ Cucó, 1999, p. 106. Entre junio de 1940 y junio de 1941, el número de detenidos y/o deportados fue de 61.000.
- ³⁸ Service, 2000, p. 285 y Cucó, 1999, p. 114. Entre 1944-1951 se estima que se enviaron a Siberia nada menos que a 600.000 personas de origen báltico.
- ³⁹ Meyer, 2007, pp. 269-270 y Faraldo, 2018.
- ⁴⁰ Lewin, 2017, p. 196. Incluso a pesar de que la población pasaba hambre, la prioridad de la industria soviética fue siempre el sector armamentístico frente a los bienes de consumo.
- ⁴¹ Santos, 2013.
- ⁴² Rosenstone, 1997, p. 20.
- ⁴³ Troitiño, 2008, pp. 38-39. De hecho, la rusificación trajo consigo problemas en la convivencia y en la integración de las distintas minorías en el país.
- ⁴⁴ Cucó, 1999, pp. 92-93.
- ⁴⁵ *Ibidem*, pp. 114-120.
- ⁴⁶ Troitiño, 2008, p. 39. Con una injerencia rusa que todavía sigue latente, como demuestra la polémica retirada de una estatua soviética, en el centro de Tallin, dedicada a los combatientes, que acabaron con su independencia, contra el nazismo.
- ⁴⁷ Service, 2000, p. 187.
- ⁴⁸ *Ibidem*, p. 299.
- ⁴⁹ Llorente Izquierdo, 1985, p. 109. Aquí encontramos la lista de campeonatos mundiales por equipos en donde destaca de forma ostensible la URSS ganando en diversas modalidades, así como otros países de Europa del Este.
- ⁵⁰ Torres, 28 de noviembre de 2015. De hecho, el historiador Robert Edelman señala en una entrevista que «Tras la Segunda Guerra Mundial, Stalin ya intuyó la importancia que iba a tener el deporte para reforzar el poder y la capacidad de seducción cultural de la Unión Soviética, además de para contribuir a romper su aislamiento diplomático». Cf., Wagg and Andrews, 2007.
- ⁵¹ Lewin, 2017, p. 52.
- ⁵² Figes, 2009.
- ⁵³ Meyer, 2007, p. 385. En 1953, había 2,5 millones de personas internadas en los campos y colonias de los Gulag. Cf., Applebaum, 2004.
- ⁵⁴ Todorov, 2000, p. 30.



BIBLIOGRAFÍA

- APPLEBAUM, Anne, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Madrid, Destino, 2004.
- BEEVOR, Antony, *La Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2012.
- BURKE, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001.
- CASANOVA, Pilar, *La rebelión de las repúblicas bálticas*, Barcelona, Ambit Serveis Editorials, 1991.
- CEJAS, José Miguel, *El baile tras la tormenta*, Madrid, Rialp, 2014.
- CHANG, Justin, «The Fender», *Variety*, June, 18, 2015.
- CUCÓ, Alfons, *El despertar de las naciones. La ruptura de la Unión Soviética y la cuestión nacional*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València y Univèrsitat de València, 1999.
- DALTON, Stephen, «The Fencer», *The Hollywood Reporter*, September, 28, 2015.
- FARALDO, José M., «Ocupantes y ocupados», *Historia del presente*, núm. 14, 2009, pp. 83-101.
- FARALDO, José M., *La Europa clandestina*, Madrid, Alianza, 2011.
- FARALDO, José María, *Las redes del terror*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.
- FERRO, Marc, *Historia contemporánea y cine*, Barcelona, Ariel, 1995.
- FIGES, Orlando, *Los que susurran: La represión en la Rusia de Stalin*, Barcelona, Edhasa, 2009.
- FLORES JUBERÍAS, Carlos (coord.), *España y Europa Oriental: tan lejos, tan cerca*, València, Universitat de València, 2009.
- GLATZ, David M. y HOUSE, Jonathan M., *Choque de titanes*, Madrid, Desperta Ferro, 2017.
- GRIGAS, Agnia, *The politics of energy and memory between the Baltic States and Russia*, London, Ashgate, 2013.
- HIDEN, John (ed.), *The Baltic and the outbreak of the Second World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- JUDT, Tony, *Postguerra*, Barcelona, Taurus, 2016.
- KASEKAMP, Andrés, *Historia de los países bálticos*, Barcelona, Bellaterra, 2016.
- LELEU, Jean-Luc, *Waffen SS*, Madrid, La esfera de los Libros, 2013.
- LEWIN, Moshe, *El siglo soviético*, Barcelona, Crítica, 2017.
- LLORENTE IZQUIERDO, Andrés, *La esgrima*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- LÓPEZ-MEDEL BÁSCONES, Jesús, *La larga conquista de la libertad*, Madrid, Marcial Pons, 2008.
- LUCHINI, Alberto, «La clase de esgrima: a espada contra Stalin», *El Periódico*, 15 de julio de 2016.
- MALAMUZ, Elina y DINSMANN, Héctor E., *Los pueblos del ámbar*, Tafalla, Txalaparta, 2004.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo A., *La Europa báltica*, Madrid, Síntesis.
- MEYER, Jean, *Rusia y sus Imperios (1894-2005)*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2007.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo, *La Europa báltica*, Madrid, Síntesis, 2010.
- RODRÍGUEZ MARCHANTE, Otí, «La clase de esgrima. Los chicos del florete», *ABC*, 15 de julio de 2016.
- ROOS, Aarand (coop.), *Estonia, a nation Unconquered*, Estonian World Council, 1985.
- ROSENSTONE, Robert A., *El pasado en imágenes*, Barcelona, Ariel, 1997.
- ROSENSTONE, Robert A., *La historia en el cine*, Madrid, Rialp, 2014.
- SANTOS, Anselmo, *Stalin el Grande*, Barcelona, Edhasa, 2013.
- SERVICE, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000.
- SKULTANS, Vieda, *The testimony of lives. Narrative and memory in post-Soviet Latvia*, Oxford, Routledge, 1998.
- STEIN, George H., *Las SS*, Barcelona, Luis de Caralt, 1973.
- TODOROV, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.
- TROITIÑO, David Ramiro, «Estonia y la Unión Europea», *Revista universitaria europea*, núm. 9, 2008, pp. 31-46.
- WAGG, Stephen and ANDREWS, David L. (ed.), *East plays West: Sport and the Cold War*, London and New York, Routledge, 2007.

